



ANA MARIA BATTISTOZZI

Intento evocar con alguna precisión mi primer encuentro con el universo de Liliana Porter. Debe haber sido allá por los años 80, ante una generosa tela blanca que contenía un pequeño desorden: varias fotos sin marco y unos marcos vacíos. Un espejito de mano, algunas cosas reales, otras representadas, trazos, huellas, sombras y en el ángulo superior del bastidor de la tela —que funcionaba como repisa—, tres cuerpos geométricos —uno de ellos tumbado— y un soldadito que observaba la escena como desde lo alto de una colina. Detrás de él, otra tela pequeñísima acogía el último tramo de un camino dibujado.

Entre aquella obra, que presentaba un raro encuentro de cosas y una reflexión sobre lo real y lo representado, y la instalación *El hombre con el hacha* y otras situaciones breves, que la artista presenta ahora en el Malba, no pareciera haber en esencia grandes diferencias de concepto. Sólo una enorme complejidad en la multiplicación de aquel desorden fundacional a otras escalas y, sobre todo, una especial sutileza en el modo de implicar afectivamente al espectador. Algo que fue creciendo en los trabajos de la artista

Instalación, dibujo

# Microcosmos de bella teatralidad

Una importante muestra de Liliana Porter en el Malba expone sus trabajos recientes. Poblada de los pequeños personajes típicos de la artista, la obra central es una gran instalación que evoca todos sus trabajos anteriores, casi a manera de retrospectiva.



PORTER BASICO

BUENOS AIRES, 1941  
ARTISTA PLASTICA

Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes Manuel Belgrano. Más tarde vivió en México. Allí se dedicó al grabado. En 1964 se radicó en Nueva York, donde reside desde entonces. En los 60 fundó, en esa ciudad, el Pratt Graphic Art Center, junto a Luis Camnitzer y José Guillermo Castillo. Entre 1991 y 2007 fue profesora en el Departamento de Arte de la Universidad de Nueva York. En 1980 recibió la beca Guggenheim. Realizó numerosas muestras en diferentes países.

muchos artistas c...  
neos están muy in...  
lo que sucede en...  
sociales, y en otros...  
saber (cada vez más...  
cias biológicas, en la...  
capaces de experim...  
fronteras del conoci...  
los desórdenes de la...  
Entonces, mientras...  
miento político está...  
por la gobernanza, o...  
por la gestión de lo...  
las finanzas, los art...  
estar ocupados expé...  
con otras posibilida...  
representar lo que s...

## ¿Y el estilo internacional?

Seguimos conversar...  
aspectos que se globa...  
mente en las artes v...  
globaliza el conjunto...  
con que un artista ll...  
cir obra, y luego la...  
Tengo la impresión...  
pasando la época en...  
en una cultura o un a...  
Fue una ficción: sig...  
una tensión constan...  
tradiciones, creencia...  
fías locales y la circu...  
demandas o expecta...  
suponen en audienc...  
lugares". Esto no q...



**Vista general y detalles de la instalación.** "El hombre con el hacha y otras situaciones breves", así se llama la obra principal de esta muestra de Porter.

**Viajero.** Dibujo y objeto sobre hojas sueltas de cuaderno Rivadavia.

desde comienzos de los noventa. Se mantienen aquí las mismas preocupaciones sobre lo real y lo representado de los orígenes de su pensamiento visual, sólo que naturalizadas en la singularidad de un lenguaje que le es propio. Tanto como la expansión del vasto espacio blanco que dominó en sus obras desde 1968. Un espacio que expande ahora en varias tarimas blancas y ocupa con infinidad de pequeños mundos. Aun que nunca se anula la esencial relación de vacío que hace que nuestra mirada se vuelva cada vez más afectiva hacia los objetos-sujetos que los habitan.

La instalación del Malba es sin duda un escenario de acontecimientos múltiples en el que aquel pequeño desorden y la tendencia original a desbordar las telas adquiere la estatura de un caos de dimensiones impensadas. Un caos que se alimenta de los repertorios históricos de la artista y, a la vez, sirve para desplegar una visión retrospectiva de la iconografía que fue asumiendo un lugar en sus sucesivas series. La última, **Trabajos forzados**, en la que cada personaje tiene a cargo tareas que lo exceden, es la disparadora de este acontecer igualmente excesivo e inédito en la obra de Porter.

Un pequeñísimo personaje

con el hacha en alto empieza a picar y desata un vendaval destructivo que crece y lo abarca todo hasta tumbar varias sillas y un piano (que por primera vez irrumpen a escala real en la obra de Porter). Siempre queda la duda si eso que tenemos por delante es el comienzo o el final de su tarea y si el hombre del hacha seguirá picando y picando hasta reducirlo todo a polvo. En medio del desastre una mujercita barre una larga mancha de polvo rojo y una presiente que una empresa semejante quedará para nuestro picador de porcelanas. A cada uno le toca la fatalidad de una tarea que lo supera de manera diferente: barrer, picar, limpiar, tejer, enfrentarse a la leche derramada o desarmar un enorme enredo.

Aquí y allá se multiplican las escenas y los objetos que forman parte del universo-Porter, los barcos, los espejos, los libros, la hoz y el martillo, el caminante y su huella que hace camino, el pingüino caído, los patitos de plumas ralas, los Mickey, el Che Guevara y hasta esta novedad del Lincoln Continental y el último viaje de Jackie y John Kennedy. Todos objetos encontrados en bazares y mercados de pulgas que tienen una doble vida. Por un lado actúan de saleros, cajas de música,

jarras de leche o recuerdos de viaje. Y por otro, asumen roles, invariablemente animados por la mirada de la artista que siempre encuentra una fisonomía para ese mundo de las cosas.

Artífice de una teatralidad cargada de sentido poético, Porter compone con ellos una suma de realidades que hace posible la convivencia de perspectivas múltiples. Cada una de ellas convoca al espectador desde temporalidades sucesivas y simultáneas que demandan aproximaciones diferentes para cada escala y cada perspectiva de visión.

#### Banalidad sólo aparente

En el texto que acompaña la muestra, Graciela Esperanza refiere especialmente al tiempo en la obra de Porter y a las leyes que rigen su microcosmos, que hace posible ir y venir en el tiempo, destruir las cosas y recomponerlas, "menos deudas de la ciencia que de la metafísica doméstica o la fenomenología aplicada".

Es un tiempo que hace posible lo imposible y se complementa con un espacio immaculado y vacío que ha expulsado toda referencia contextual. En él los personajes de Porter están unidos por una circunstancia común: el descon-

cierto. "Cuando algo conmueve realmente es porque uno no lo llega a entender", afirma Porter segura de que la dimensión poética se encuentra más allá de toda explicación.

Algo así como la sorpresa del pequeño venadito que asiste a semejante desquicio. La mirada del espectador puede detenerse en él, en la lecherita que lamenta la leche derramada que crece más allá de lo que contenía su recipiente o en el viajero que parte con su valija, y deja atrás el camino que llega hasta la puerta de una casa china en una taza de té. También puede compadecerse de la mujercita que teje una prenda tan enorme como el rollo que intenta desarmar un hombre más pequeño aún que ella. En todos los casos, Porter nos hace participar y compartir la fatalidad de ese héroe que, como espectadores, deseamos acompañar en su destino de desmesura. Todo esto en realidad tiene que ver con una visión dramática o teatral, en cuanto tiene la mira puesta en los efectos. Y en esa dirección dirigirá la artista sus próximos proyectos.

¿Pero cómo es que logra comprometernos de ese modo?

A la hora de rastrear procedencias intelectuales y estilísticas que contribuyan a explicar un poco de todo esto, no podemos menos que

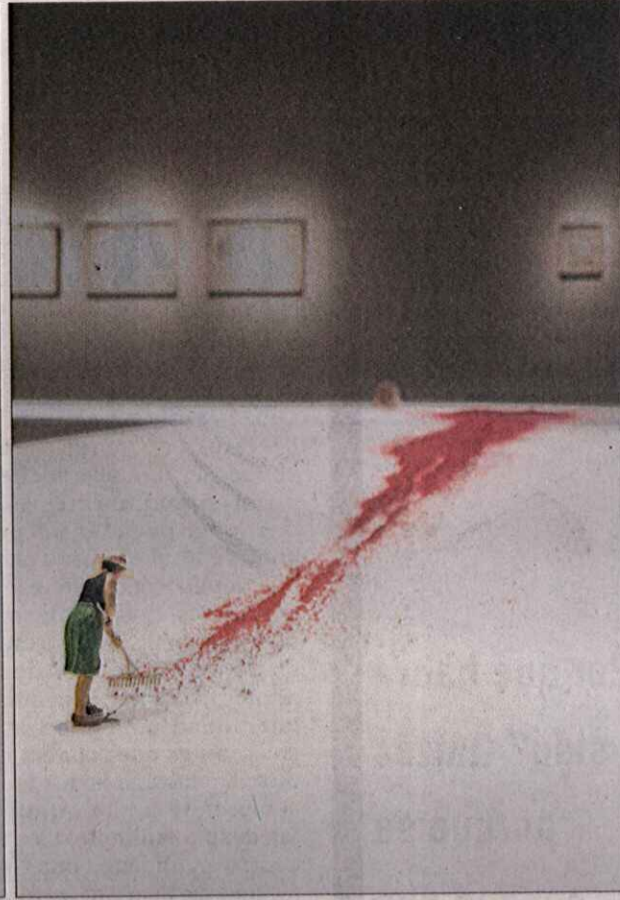
coincidir con Gerardo Mosquera. El crítico cubano ha visto en Porter la singular impronta de "una perspectiva intelectual asentada en el Río de la Plata entre los 30 y 60", algo que la relaciona con la literatura metafísica de Borges, Bioy, Marechal y Cortázar. Pero que además intercala con su experiencia en Nueva York en épocas del pop, el arte conceptual y el minimalismo. De ese cóctel nace el misterio de el extremo refinamiento que caracteriza sus trabajos, que conjugan una mezcla de humor y una importante dosis de sarcasmo, bajo la envoltura de una simpática candidez.

"La experiencia estética es la inminencia de una revelación", suele decir la artista citando a Jorge L. Borges y siguiendo su ejemplo al deslizar reflexiones de tono metafísico, que asumen deliberadamente la forma de una banalidad aparente.

#### FICHA

**Liliana Porter**  
**El hombre con el hacha**  
**y otras situaciones breves**  
**LUGAR:** MALBA, AV. F. ALCORTA 3415  
**HORARIO:** JUEV. A LUN., 12 A 20; MIERCOLES, 12 A 21. MARTES CERRADO.  
**ENTRADA:** GRAL., \$ 40. EST. DOC Y JUB., \$ 20. MIERCOLES, GRAL. \$ 20

FOTOS: GENTILEZA MALBA



**AMBIGÜEDAD PERMANENTE.** La instalación se desarrolla sobre un conjunto de tarimas planas de tamaños diversos donde pequeños personajes llevan la batuta.

**A** LAURA ISOLA  
 darle una vuelta a las cinco tarimas que componen *El hombre con el hacha*, la instalación de Liliana Porter en el Malba, el tiempo se hace presente. No tanto en el sentido que aparece como tema –el que, en la obra de Porter, ha sido transitado por ella misma, de mucho interés y hondura– sino en la posibilidad de detener ese flujo y que sea puro presente. Una operación mágica, claro está, para los que conocemos y vivimos en esta secuencia infinita de instantes que no se repiten, que son como un río y no hay vuelta atrás. Sólo podemos evocar el pasado, podemos verlo en su modalidad de reproducción, y el presente se escurre como agua entre los dedos o por el desagüero de una pileta. Pero la alquimia de su minimalismo complejo, de su busca azarosa de momentos, hace que todo se detenga. Para ello acondicionó este espacio como una cámara de lucidez, de ojos bien abiertos, como un experimento que repite instante sobre instante hasta volver el presente un colchón de aire en el que saltamos siempre en el mismo lugar y al mismo ritmo. Pero nosotros nos movemos alrededor de una planicie muy blanca, un poco elevada, que contiene, de mayor a menor, formando un triángulo en el espacio, un piano roto y caído, como si de sus cuerdas y su clavijero saliera toda la parafernalia de la imaginación de Porter. Una caja de Pandora que se abre y vuelca una lista caótica de elementos que haría las delicias de Foucault, si la hubiera visto: sillas, un

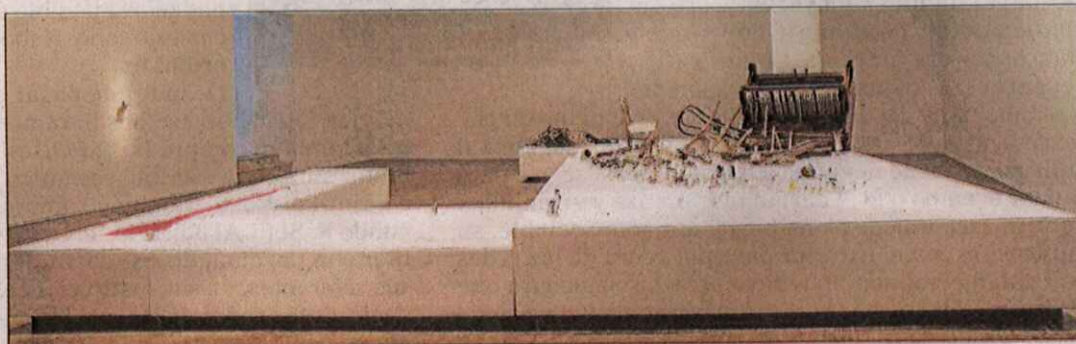
DESDE EL RIO HERACLITEO

## La invención del propio tiempo

La primera muestra individual de Liliana Porter en el Malba consiste en una instalación creada específicamente para la sala 3, lo que le da un carácter único y absolutamente original. Piezas descentradas abocadas a deconstruir la linealidad del tiempo instaurando su propia cronología.



florero, vajilla hecha pedazos, muñecos, un auto de juguete, arena, herramientas, un reloj, una lámpara, un pingüino, un pato, libros, una botellita de Cola-Cola, escombros, astillas, hasta llegar al personaje del hombre con el hacha que la sostiene sobre su cabeza. Y allí empieza el juego, otra vez. Ese polvillo de loza se vuelve trozos, que se vuelven platos, herramientas, pingüino, florero, sillas y piano. El ir y venir hace que el principio y el fin se muerdan la cola y obturen toda alternativa de discurrir, de pasar el tiempo. En las otras tarimas que componen la obra están las situaciones breves



**MICROCOSMOS.** Heterotópica, un lugar dentro de otro lugar, los objetos instauran su tiempo.

que replican, como campanas, el intento de la monumental *El hombre con el hacha*. El que barre un polvo rojo, el que teje una malla celeste y el que desanuda unas cuerdas son las derivadas de estos trabajos forzados, imposibles, y las versiones titánicas de pequeñas figurillas que emprenden tareas fuera de escala. Varios David versus sus poderosos Goliat. Del *bric-à-brac* al *crack* que hace estallar la interpretación más ajustada que reconoce los objetos y los liga con sus otras obras, mientras considera a *El hombre...* una suerte de retrospectiva con la frescura de no proponerse como tal. O la que lo enlaza con una posibilidad de cronología del siglo XX: la que empieza en el siglo XIX con el piano de cola caído y se derrama, con sus íconos, en el siguiente: la cultura letrada, el ratón Mickey, Coca-Cola, el comunismo, el Che, la burguesía, los restos. La complejidad del proceso, a su vez, remeda de *Reconstrucciones* los “ejercicios” que Porter hizo mostrando la posibilidad de desandar el camino de lo que se había roto. Sin embargo, en ese proyecto había un final: que estuviera intercambiado el principio (la pieza quebrada por la entera) era el efecto del paso del tiempo, aunque al revés, pero no la intención de la circularidad. Por el contrario, en esta instalación, Porter traza menos un circuito que una cinta de Moebius. Vérselas con el infinito. Ese es el desafío. ■

### El hombre con el hacha y otras situaciones breves

Liliana Porter.  
 Malba - Av. Figueroa Alcorta 3415